

El meollo de la cuestión demográfica

En su edición del 22 de febrero El País publica, bajo el título "País de emigración", un editorial donde se exponen los hechos, y se analizan las causas, relativos a la corriente emigratoria que desde hace años, está sufriendo el Uruguay. Este excelente artículo ha servido para poner este tema, que nunca se nos va enteramente del pensamiento, en el foco de nuestra atención. Es imperioso que otro tanto ocurra en la conciencia de todos nuestros compatriotas, y que los uruguayos hagamos del estudio del problema y sus soluciones la tarea colectiva, verdaderamente nacional, que su primera importancia reclama.

Primero, un resumen de los hechos principales, extractados de la fuente citada. Entre 1963 y 1975, entre 200 y 230 mil emigrados; un 7,2% de la población. Pero de la población entre 20 y 29 años, un 18,7%; de los profesionales universitarios, un 14,4%; de los egresados de UTU, un 18,4%.

Cuando el país se desarrollaba, importábamos jóvenes de Europa. Hoy este país todavía despoblado los exporta, no sin antes gastar una proporción considerable de sus recursos escasos para dotarlos de una educación, nunca inferior al nivel medio, con frecuencia de nivel superior. ¿Puede pedirse mayor absurdo?

El editorialista de El País señala dos causas principales del fenómeno: desempleo y salario real en descenso. Dos factores cuya interrelación salta a la vista, pues si los empresarios corrieran tras los trabajadores, el salario real no bajaría. Pero de los dos determinantes sugeridos, el salario real debe ser el de mayor gravitación. El desocupado típico en nuestro medio es un trabajador sin calificación. El joven que emigra normalmente tiene ya, o puede sin dificultad conseguir empleo en su país. Lo tienta un nivel de vida radicalmente superior al que su ocupación local le reportaría. Las historias en que el salario que aleja a un joven con mediana capacitación es doble o más del que nuestro mercado de trabajo le ofrece llegan cotidianamente a nuestros oídos. Con frecuencia no les es preciso irse lejos; apenas cruzar la frontera, sobre todo la frontera norte.

El salario real depende de la productividad del trabajo y del régimen impositivo. Aquí está el meollo de nuestra cuestión demográfica. Es porque activamente hacemos que la productividad de nuestros recursos sea baja, y porque gravamos el empleo con pesadas contribuciones, que los jóvenes preparados, muchos de los más capaces y activos, optan por abandonarnos.

Nuestro país tiene encantos incomparables, pero es preciso que nos convenzamos: no bastan para retener a lo más granado de nuestra fuerza laboral. Sería por ello conveniente que revisásemos los supuestos en que hace años, lustros, décadas, basamos nuestra política económica.

A los uruguayos nos gustan con pasión los churrascos. Para asegurarnoslos baratos gravamos fuertemente la producción de carne vacuna, a costa de asignar nuestros recursos en directa oposición al principio de la ventaja comparativa.

Los uruguayos amamos la seguridad. Para preservar la de nuestros empleos, mantenemos enormes empresas estatales donde la ocupación es firme como una roca, y conservamos desmesuradas barreras proteccionistas para que las "fuentes de trabajo" privadas no estén sujetas a contingencias. A costa, una vez más, de asignar nuestros recursos de espaldas a la eficiencia.

Los uruguayos tenemos predilección por retirarnos jóvenes de la vida activa, a fin de disfrutar en pleno vigor físico y mental de las amenidades que nuestro país generosamente nos depara. Y con el fin de asegurarnos una jubilación temprana penalizamos con pesadas cargas fiscales el empleo de mano de obra.

Los uruguayos estamos orgullosos de tener industrias sofisticadas y para galardonarnos con una automotriz hacemos que aquí los coches sean los más caros del mundo, inaccesibles de segunda o tercera mano a jóvenes cuya capacitación laboral allende las fronteras compra vehículos flamantes.

Tomar en cuenta el gusto de nuestra población por los bifes, la vida segura, el retiro temprano y el patriotismo industrial se denomina sensibilidad o humanismo, y la disposición a aplicar a estos temas el análisis económico o racional suele denigrarse con una variedad de mote, entre ellos el horrible de "eficientismo".

Convenzámonos: el país que se moldea a partir de aquella sensible y humana percepción de nuestros rasgos característicos no es el que nuestros jóvenes más capaces y trabajadores quieren para sí.

Tenemos que tomar medidas, y tomarlas ya. O de lo contrario ponernos a hacer una ampliación en gran escala del Piñeiro del Campo, y antes de mucho mudarnos allí todos los que quedamos.